

DAVID GUYMER

LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX

MATAHERMANOS



WARHAMMER[®]
THE END TIMES

LA CAÍDA DE GOTREK GURNISSON. LIBRO 1

DAVID GUYMER

**LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX**

MATAHERMANOS

timun**mas**

Título original: *Kinslayer*
Traducción: Simon Saito Navarro

Ilustración de cubierta: Slawomir Maniak
Ilustraciones de interior: Nicolas Delort y Winona Nelson
Mapa: Nuala Kinrade

Kinslayer, *Matabermanos*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2014 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2014

© De la traducción Games Workshop Limited. 2014. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0335-0
Preimpresión: Ediciones del Simio, S.L.
Depósito legal: B 13043-2016
Impreso en España por Huertas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



CAPÍTULO UNO

Perdido

La nieve caía por todo el *oblast*, en copos del tamaño de un dedo pulgar convertidos en saqueadores de pelaje blanco del gélido norte. El *marszalek* Stefan Taczak no podía determinar con exactitud dónde estaban saqueando aquellos jinetes de nieve, pues estaban en un momento de *raspotitsa* (sin caminos), cuando las colinas, los ríos y todos los *stanitsas* quedaban ocultos bajo una monótona alfombra blanca. Los restos de la *rota* Dushkyka se detuvieron en el otro lado, reducidos por la ventisca a poco más que sombras fundidas con sus monturas.

Nueve hombres.

Eso era todo lo que quedaba del *pulk* de caballería que había liderado en la batalla del Vado del Tobol. Nueve hombres. Hombres maltrechos. Cabalgaban desplomados sobre la silla, completamente cubiertos excepto los ojos en capas manchadas de sangre y pieles robadas a los kurgans. Sus envolturas estaban salpicadas de la espuma de la extenuación, pero con el corazón y el cuerpo entumecidos, ningún hombre tiritaba. Ese mismo fatalismo proporcionaba a los hombres una ligera satisfacción,

como un trago de *koumiss* todavía tibio de la teta de la yegua, pues pronto compartirían el invierno con los hombres del norte. El *rapotitsa* devolvía a los pastores y a los cazadores a su *tirsa*, al comerciante a su ciudad y al guerrero a su hogar; pero para un ejército en marcha significaba la muerte.

Por mucho que Stefan deseara ver acabar el año de esa manera, no podía hacerlo. La victoria no existía cuando el Señor Invierno marchaba a la guerra.

—Treinta kurgans, *marszalek*.

El *esaul* de Stefan, un hombre que era todo músculos llamado Kolya, detuvo su montura junto a él. La yegua, *Kasztanka*, respondió tímida-mente, y Kolya le dio una palmada en el cuello para infundirle vigor y sacudirle la nieve de la crin. Miró a Stefan. Tenía los ojos azules salpicados de sangre. Señaló con la cabeza la carnicería que había llevado a Stefan a dar el alto. Al abrigo de una pared de nieve con forma de herradura, cuerpos enteros y despedazados se apiñaban en el lugar donde había ardido una hoguera. Una fina capa de hielo relumbraba en las partes de los cadáveres donde se había derretido la nieve con su calor postrero. Ahora estaban fríos, y la nieve volvía a cubrirlos lentamente y sepultaba los estragos de la matanza como lo hacía con los caminos, las *tirsas* y los espantosos dólmenes de calaveras de los kurgans. La masacre era reciente.

Estaban ganando terreno.

—Como la vez anterior —murmuró Stefan. Una masacre sin batalla. Él no entendía la guerra en esos términos—. ¿Quién lo ha hecho?

Kolya alzó los hombros como queriéndole decir: «¿Y eso qué más da?»

—Como diría la sabia, *marszalek*, cuando el invierno es duro, los lobos comen lobos.

Stefan se sonrió debajo del pañuelo que le cubría la boca. Era fácil olvidar a los cazadores que solían pintar cabezas de caballo en las piedras que luego esparcían donde alguno de los espíritus del *oblast* había espantado a la pobre y asustadiza *Kasztanka*. Kolya y él eran medio hermanos, una relación de sangre tan frecuente como las madres enviudadas. Convenía recordar que el *oblast* no siempre había sido así. Los hombres del norte habían venido muchas veces y siempre los habían obligado a retroceder.

Kislev era la tierra y la tierra era Kislev.

Stefan alzó la vista y escrutó con los ojos entornados a través de los carámbanos de la ventisca. El paisaje azotado por la nieve tenía un aspecto que estaba a punto de salirse de los límites de lo que él conocía. Había sufrido una grave herida, tal vez más de una, pero Stefan todavía reconocía Kislev en él.

Kolya chasqueó la lengua e hizo que *Kasztanka* girara hacia la derecha. La yegua relinchó tímidamente y dio unos saltitos en la nieve antes de ponerse al trote y rodear el campamento kurgan guiada por Kolya. Encontró más cuerpos, diseminados, como un caminito de migas de pan que se dirigía al norte. Algunos hombres del norte habían intentado huir de lo que fuera que los había sorprendido allí. No les había servido de nada. Estaban decapitados, mutilados, descuartizados por un monstruo con unas capacidades fuera del alcance de toda una partida de guerra, de la que, por otra parte, no había ningún rastro en ninguna parte. Stefan se fijó en una mano mutilada semienterrada en la nieve, todavía con los dedos azulados apretados alrededor del mango de un destrial. Sintió una especie de gratitud al verla. Muchas tribus del norte compartían con los norses la creencia de que el espíritu de un guerrero vagaría eternamente a menos que muriera blandiendo su arma.

El viento del norte cambió de dirección, rodeó la pared de nieve con forma de herradura que protegía a los hombres del norte y la nieve les azotó los rostros. Arrastraba el olor cobreño y macabramente dulce de la muerte. Los caballos resollaron con nerviosismo. *Kasztanka* piafó y relinchó hasta que *Biegacz*, la montura de Stefan y su compañero de establo desde que nació, se arrimó a su vieja compañera y la tranquilizó con un resoplido en el oído. A los hombres de las ciudades meridionales les gustaba burlarse del vínculo que establecían los hombres de los *oblasts* con sus caballos, pero pocos hombres amaban más a su montura que Kolya a *Kasztanka*. Era ella, y no su hermano de sangre, quien mantenía vivo al hombre intrépido que Stefan había conocido.

—¡*Marszalek!*

El grito atravesó la ventisca sin que apenas se apercibieran los jinetes que cabalgaban a medio galope y se detuvo frenado por una ráfaga de nieve. Boris Makosky era más joven que Stefan. Había sido un trampero

que se ganaba la vida honradamente con la venta de carne y pieles a los comerciantes de Praag antes de la incursión, pero la derrota lo había avejentado. El flequillo se le había poblado de canas, y en su voz siempre había una ferocidad latente cuando hablaba; incluso cuando no hablaba, esa ferocidad estaba en sus ojos. Para quien tuviera el valor necesario para mirarlos.

—Hay huellas que siguen hacia el norte. Es demasiado pesado para ser un hombre, pero lo que quiera que sea camina sobre dos patas.

—¿No puedes identificar qué es por las huellas? —preguntó Kolya.

—Un ogro mercenario que huiera de la caída de Volksgrad, quizá. O uno de los trolls que los kurgans afirman que han ocupado Praag. Hemos visto bestias peores emigrando hacia el sur.

—Pero esas huellas se dirigen al norte —repuso Stefan—. Siguen a la misma partida de guerra que nosotros.

Makosky se encogió de hombros, colérico.

—Yo ya he dicho todo lo que sé. Si queréis saber más, preguntadle a Bochenek.

Eso fue un golpe bajo. El explorador de la *rota* estaba alimentando a los zorros de la última *stanitsa* por la que habían pasado: el precio que se había pagado por descubrir una emboscada kurgan demasiado tarde. Stefan guardó silencio. En el *oblast*, un hombre aprendía todos los métodos para conservar el calor, incluido el de mantener la boca cerrada cuando no tenía nada agradable que decir. Volvió a mirar los cadáveres destrozados, preocupado por lo que aquel monstruo podría hacer a los prisioneros que los kurgans llevaban con ellos. La captura de la mujer sabia, Marzena, quien obviamente había agotado su buena suerte cuando Kolya y Bochenek oyeron sus gritos y la rescataron de los hombres bestia que habían invadido su casa en el bosque Shirokij, había sido un golpe muy duro para todos, pero sobre todo para Kolya. Su hermano siempre había sido de los que buscaban presagios en la forma de las nubes, elevaban una súplica a los espíritus antes de beber de un manantial y tenían en cuenta lo que decían las brujas ungolas.

Stefan sacudió la cabeza con gravedad. De su frente cayó nieve. ¿Qué clase de bestia cometería semejante matanza y ni siquiera picotearía de los cadáveres? No le gustó la inevitable respuesta que se dio.

Un demonio.

Se estremeció, y deslizó la mano hasta el *szabla* que llevaba envainada junto al estribo izquierdo.

—Un hombre puede parecer valiente cuando lucha contra una oveja —dijo Kolya, recitando otro de los proverbios de Marzena—, pero será una oveja cuando se enfrente con un hombre valiente.

Stefan se enderezó en la silla para mirar de arriba abajo a su hermano.

—Soy yo quien habla del monstruo, no tú —dijo Kolya con un rastro de sonrisa en los finos labios—. Estos hombres estaban vencidos por el frío y muertos de hambre. Su comandante los abandonó mientras el grueso de su hueste seguía hacia el norte. —Señaló en esa dirección con la cabeza—. ¿Continuamos?

—Por nuestros hermanos caídos —repuso Stefan. Giró la montura para encararla al norte—. Jamás dejaría a un hombre en manos de los kurgans, y mucho menos abandonaría a una anciana.

Kolya asintió con la cabeza, pero Makosky frunció el ceño con semblante sombrío. Parecía que sólo el ardor de la cacería había sido capaz de resucitarlo. El territorio era vasto, y eran muy pocos los hombres bestia que podían encontrarse deambulando perdidos y famélicos por la estepa. Normalmente se los abatía con placer. Otras veces se les hacía pagar por los estragos que habían causado en Kislev.

A Stefan no se le ocurría nada salvo una victoria, por pequeña que fuera, o la remota posibilidad de reunirse con el *pulk* de la Reina del Hielo, para levantar el ánimo de su tropa.

—Algún beneficio sacaremos de esto —dijo Kolya, y señaló los cuerpos con un gesto amplio con la mano. Tenía el semblante endurecido, despojado de esperanza, y sin embargo parecía feliz—. Estos hombres no echarán de menos sus pieles. Cuando los caballos hayan descansado, descargaremos la venganza de Dushyka en los kurgans y en su perseguidor.

—Háblame de tus aventuras en Praag —dijo el sacerdote de hábito negro de Grimnir, mientras caminaba descalzo por la fundición de Grimnir, colmada de hollín y de vapor, situada en las profundidades de los salones de Karak-Kadrin. El aire era denso y negro; cosquilleaba en la garganta con el sabor del carbón y amortiguaba el estrépito de los martillos contra los yunques y el siseo de los fuelles. Envueltos por la oscuridad hasta los brazos desnudos, como si fueran encarnaciones del mismísimo

Grimnir en su legendaria forja, una veintena de enanos trabajan en sus yunques con una resolución que rayaba la brutalidad, con sus músculos tensos recubiertos de tatuajes y surcados por el sudor. Ni uno solo hablaba. Estaban sólo ellos, el hierro y lo sagrado de la forja.

Snorri Muerdenarices no respondió, pues era una vieja pregunta, y se limitó a observar mientras el sacerdote lo rodeaba sigilosamente para colocarse detrás de él. Snorri se incorporó en la silla para seguirlo con la mirada en la medida de lo posible, pero el chasquido de cuero tirante lo detuvo y volvió a recostarse en la silla.

Oh, sí. Snorri seguía olvidándolo.

Estaba atado a una silla de madera con el respaldo alto. Aunque se necesitaba una tira de cuero muy larga para abarcar un pecho tan ancho como el de Snorri, este sacerdote no corría ningún riesgo. El muñón de su pierna derecha estaba colocado sobre un yunque ante él. Recordó que su viejo amigo Gotrek Gurnisson se la había amputado para salvarle la vida. Se sonrió, contento de haberlo recordado, pero casi inmediatamente volvió a ponerse serio.

¿Eso le hacía feliz? Era evidente que todavía le faltaba recordar una parte de la historia.

—Snorri. —El sacerdote completó el círculo alrededor de Snorri y se situó frente a él. Llevaba el pelo negro largo y la barba dividida en dos mitades, y caminaba con las manos entrelazadas a la espalda. La autoridad con la que hablaba era tan poco sutil como el martillo de Snorri, y sus pies descalzos repiqueteaban en el suelo caliente—. Te he hecho una pregunta.

Snorri mantuvo fruncido el entrecejo. Estaba allí para recordar, de eso sí se acordaba. Una expresión de profunda concentración le arrugó el rostro. Tenía una cara única. Había recibido tantos golpes que los huesos regenerados le habían llenado de protuberancias la mandíbula y la frente, y tenía la nariz aplastada entre las mejillas. Una de sus orejas era una masa informe, mientras que la otra se la habían arrancado de cuajo y en ese lado de la cara sólo tenía un agujero. A veces, cuando se aburría, Snorri se entretenía escuchando el silbido del aire al pasar por él.

—¿Y qué clase de nombre es Skalf Dedomartillo? —preguntó Snorri.

—Yo era un guardia; y no muy bueno, la verdad. No escondo mis fracasos, como harían otros. —Miró con recelo a Snorri—. Praag.

—Snorri no se acuerda.

—Pues yo creo que sí.

Snorri contempló al sacerdote mientras volvía a caminar en círculo en torno a él. Estaba empezando a marearse. Cerró los ojos para pensar. Praag. Había viajado allí con Gotrek y con el joven Félix en la aeronave, la *Espíritu de Grungni*, para luchar contra el Caos. La batalla no había estado mal, pero no había disfrutado durante el viaje. Demasiado tiempo sin nada que hacer salvo pensar.

A Snorri no le gustaba pensar. Eso no iba con él. Le hacía recordar.

Mientras pensaba en ello ahora y rememoraba aquella época, su mente se estremeció como un perro ante un antiguo amo que había sido cruel con él. Después de todos los años que había pasado intentando olvidar, todavía había allí una herida abierta. Y ahora le pedían que lo recordara. ¿Por qué?

Porque lo había prometido, por eso.

Vio a una mujer enana con su hijo. No recordaba si el niño también era de él, pero la pena y la angustia que le ponían un nudo en la garganta ante ese recuerdo no le dejaban lugar a la duda de que los había querido como si fueran su esposa y su hijo. El nudo se apretó. El corazón le pressionaba los pulmones como si fuera de plomo. Había matado a ambos. ¿O no había sido él? De todos modos, su muerte había sido culpa suya. Sí, eso era seguro. No podía recordar.

—Interesante —dijo Skalf, deteniéndose. Snorri abrió los ojos y pestañeó como si hubiera tenido la cabeza sumergida en un barril. Los labios del sacerdote se fruncieron en un gesto de satisfacción—. Hablas cuando piensas, Snorri Muerdenarices. Supongo que esa cabeza dura tuya ha estado en la mayoría de las batallas importantes de nuestra época. —Snorri sonrió—. Me gustaría que me hablaras de la segunda vez que visitaste la ciudad, cuando volviste sin Gurnisson y sin el humano. Fue por ese entonces cuando empezó a fallarte la memoria.

El sacerdote bufó como si se riera de un chiste que sólo conocía él, y Snorri se enfureció. Aquel sacerdote barbudo estaba burlándose de él. ¿Qué derecho le había dado Grimnir para reírse de él? Sin embargo, la pregunta le hizo trasladarse mentalmente a aquella época. Le dolía la cabeza. El dolor irradiaba de los tres clavos de brillantes colores que le habían incrustado en el cráneo en lugar de la tradicional cresta de

Matador. Esa sensación amenazaba con inundar su cabeza de recuerdos funestos, pero gruñó y se obligó a no prestarle atención. Había hecho una promesa. Se lo había jurado a Gotrek.

—Gotrek y el joven Félix desaparecieron por una puerta mágica. Cuando Max no los encontró, él y Snorri volvieron a Praag para seguir luchando contra el Caos.

—¿Te refieres a Maximilian Schreiber? ¿Tu amigo hechicero?

—Max es el humano más sabio que conoce Snorri. Una vez, Snorri se quedó dormido en un cubo de vodka, y cuando despertó, Max le quitó el dolor de cabeza.

—En ese caso, quizá no sea tan sabio —espetó Skalf—, pues la resaca es la manera que tiene Grimnir de castigar a los necios por lo que hicieron la noche anterior. —El sacerdote respiró hondo y añadió—: ¿Qué hicisteis tú y Max en Praag?

—Eh...

Snorri recordaba vagamente aquel verano como una secuencia de decepcionantes escaramuzas con hombres bestia y bárbaros, y sólo una batalla medio buena con el paladín de una partida de guerra en algún lugar río arriba. Pero tampoco eso lo recordaba muy bien. Luego se produjo aquel incidente con el violín poseído por un demonio que, incluso estando sobrio, a Snorri le costó creerlo. Pero Max no era de los que se inventaban esa clase de cosas. Nada que ver con el granujilla del joven Félix. Recordó que se había puesto triste porque lo echaba de menos. Entonces recordó algo nuevo.

—Ulrika también estaba, cree Snorri.

—¿La *zanguzaz*?

—¡Oh! Todavía no era una vampira —repuso Snorri, y se paró un momento a pensar—. Al menos... eh...

—Duda —dijo Skalf con una severa media sonrisa. Se soltó las manos a la espalda y posó las palmas sobre el yunque, junto al muñón de Snorri. Se inclinó hacia delante. Sus ojos eran ambarinos, como los de un halcón—. La duda es progreso, y el progreso está bien. Creo que siempre has querido olvidar.

—Snorri cree que el sacerdote es más estúpido que Snorri.

—Gotrek y su cronista eran individuos únicos —insistió Skalf—. Los movía un destino que no puedo pretender entender. Sus actividades te

arrastraban, Snorri, te permitían olvidar tu dolor. Pero un día se fueron, y te quedaste solo. —Snorri intentó levantarse. Se oyó el lamento de una correa de cuero y se le clavó la hebilla en su inmenso antebrazo. Por supuesto, pensó Snorri, desconsolado, Snorri lo había olvidado—. El dolor es como el oro. Da igual lo profundo que lo sepultes, siempre habrá alguien que lo desenterrará.

—Snorri cree... Snorri cree que le apetecería una cerveza. O diez.

—Claro que sí —dijo Skalf. Hizo un gesto a alguien que Snorri no podía ver.

Snorri se relamió. Seguramente la cerveza estaba en camino.

Otro Matador atravesó la humareda a zancadas. Lleva dos crestas en la cabeza y unos afilados cuernos rojos encima de la frente, pero llevaba afeitada la parte posterior de la cabeza. Su torso desnudo y musculoso estaba cubierto por una red de tatuajes rojos y negros que parecían reproducir la musculatura de un cuerpo desollado. Snorri pensó que no parecía el cuerpo de un enano mientras la cara del Matador salía del velo del humo. Tenía pintado el rostro de un demonio. Snorri manoteó instintivamente a su alrededor buscando un arma y la silla traqueteó.

Sin hacer el menor caso a Snorri ni a Skalf, el Matademonios soltó una gran bolsa de piel encima del yunque, que cayó sobre él con un sonido metálico. La bolsa estaba abierta y Snorri echó un vistazo a su interior. Entre los habituales martillos y tenazas del oficio de herrero había una maza de combate de unas proporciones extrañas. En la cabeza no había púas, ni tampoco había por donde cogerla. El extremo del asta por donde debería empuñarse era plano y liso, y estaba rodeado por unas hojas de hierro triangulares llenas de agujeritos. Pero entre todas esas cosas, Snorri no vio su cerveza.

—Snorri quiere saber qué estáis tramando vosotros dos.

El Matademonios posó la palma de una mano en un hombro de Snorri. Sangrientos ligamentos y tendones recorrían el musculado brazo, pero el gesto no fue brusco.

—Estoy en deuda contigo, Snorri Muerdenarices.

—Snorri te toma la palabra.

—Debes hacerlo, pues mi palabra es hierro —repuso el Matademonios, que retiró la mano para poder sacar la maza de la bolsa y depositarla reverencialmente sobre el yunque. Luego sacó un martillo y clavos,

y finalmente, el Matademonios colocó el asta plana de la maza apoyada contra el muñón de la pierna de Snorri. Estaba sorprendentemente caliente y encajaba sospechosamente bien.

A Snorri aquello le dio muy mala espina. Esperaba que le trajeran más pronto que tarde la cerveza que había pedido.

—La estaca carcomida que te pusieron los humanos para reemplazar tu pierna no es digna de un hijo de Grungni —dijo Skalf, pero Snorri tenía dificultades para concentrarse en él. Su mirada se deslizó hacia el lugar donde el Matademonios estaba haciendo con un clavo una serie de pequeñas y medidas punciones en su carne alrededor de la pierna—. Seguramente esa fuera la razón de que rechazaras a tu viejo camarada, Makaisson, y te quedaras aquí mientras él se unía a las fuerzas del Rey Puño de Hierro para marchar sobre Sylvania. ¿O hubo otro motivo?

—Snorri... no lo recuerda.

Skalf gruñó; respuesta equivocada.

—Los Von Carstein volvieron a alzarse, Snorri. Con todos sus chupasangres. El rey se alió con los elfos, ¡con los elfos!, para combatirlos. —Alzó la vista al techo y levantó las manos con las palmas hacia arriba en gesto de consternación—. Muchos Matadores encontraron su destino en la derrota aplastante que sufrieron. Ni siquiera Makaisson regresó.

Skalf dirigió un gesto de asentimiento al Matademonios, que cogió un clavo y lo colocó en uno de los agujeritos que habían quedado a la altura de la unión de la maza con la pierna. Lo hundió en el muslo de Snorri y apuntó el martillo.

—Me llamo Durin Drakkvarr —musitó el Matademonios—. Te debo mi vida, y mi muerte. En los salones perdidos de nuestro hogar presenciaré cómo encuentras la tuya.

—Esto va a doler —dijo Skalf.

—¿Snorri no se puede tomar antes una cerveza?

Skalf introdujo un cinturón de cuero enrollado en la boca de Snorri.

—Ya has bebido demasiada. Ese es el problema.

Snorri vio von el rabillo del ojo que Durin cortaba el aire con el martillo y cerró los ojos. Mordió el cinturón y gruñó mientras el Matademonios se tomaba su tiempo para clavar en su muslo los clavos a través de los agujeritos de la pierna maza. El martilleo de los Matadores cercanos proseguía implacablemente, como si ellos no oyeran nada.

Cuando acabó, Durin posó brevemente una mano en el hombro tembloroso de Snorri. Limpió diligentemente la poca sangre salpicada y guardó las herramientas.

—Háblame de tu «Dama de las Arañas» —dijo Skalf bajito mientras sacaba el cinturón de la boca de Snorri como si no hubiera pasado nada.

—Snorri va a matarte cuando se levante de esta silla.

—No hay nada peor que un matahermanos —replicó Skalf sin perder la calma—. Incluso amenazar con hacerlo es suficiente para que tu nombre se inscriba con sangre en el libro de los agravios del clan. —Se encogió de hombros—. Tienes suerte de que no tenga familia. Ahora responde mi pregunta.

Snorri intentó pensar en otra cosa, pero fue incapaz de impedir que su mente fuera adonde le pedían.

Un bosque. Arañas gigantes en los árboles. Una dama anciana gritando.

—Snorri... rescató a una vieja dama en el bosque. Arañas grandes... la atacaban... Snorri... las mató a todas.

—Tranquilízate —dijo Skalf—. Respira hondo.

Snorri lo hizo y se sintió mejor.

—Picaron mucho a Snorri, y cuando despertó, la anciana dama le dijo que no moriría. Dijo que a Snorri le esperaba un destino grandioso. Como el de Gotrek.

—¿Y debes encontrar ese destino aquí, en el templo de Grimnir?

—Quizá —respondió Snorri, con la deformada frente arrugada en un gesto de concentración.

La anciana dama del bosque había dicho algo más, había sido más concreta de lo que Snorri recordaba ahora. *Una dama anciana de pie, inclinada sobre su cuerpo tendido. Está triste. Tendrás la más grandiosa de las muertes.* Intentó recordar pese al dolor que eso le provocaba en la cabeza. Cuanto más se esforzaba, más difícil le parecía, como aplastar una mosca con un martillo. Los pensamientos acerca de ese destino siempre le acercaban a los recuerdos de su vergüenza, como si de alguna manera estuvieran conectados. Se preguntó qué haría Gotrek en su lugar. Habían sido amigos desde antes de que ninguno de los dos hiciera el juramento del Matador. Tal vez él y Gotrek encontraran su final juntos. Eso estaría bien. Eso compensaría... Compensaría... Se estremeció. Sintió las punzadas de la cresta de clavos en la azotea de su cerebro.

—Snorri no lo recuerda.

El sacerdote se acarició la barba con aire pensativo, inspiró con resolución y dirigió un gesto de asentimiento a Durin Drakkvarr. Snorri observó al Matademonios mientras sacaba unas enormes tenazas. Durin examinó las correas que sujetaban a Snorri.

—No es suficiente.

El sacerdote asintió con la cabeza, se volvió hacia la humareda y silbó. Los dos Matadores que estaban más cerca levantaron la vista de los yunques, bajaron los martillos y se encaminaron hacia ellos. Cada uno aferró un brazo de Snorri, y a una señal de Skalf, uno apoyó la otra mano en la frente de Snorri para inmovilizarle la cabeza. La mordedura de hierro de las tenazas de Durin se aproximó desde detrás, seguida por un silencio sepulcral, y luego Snorri sintió una presión en el cráneo cuando las tenazas extrajeron el primer clavo de su cabeza.

—No —gimoteó Snorri. Se revolvió para tratar de zafarse de los dos fornidos enanos, pero éstos lo mantuvieron clavado a la silla. Lo único que podía mover eran los ojos, que se volvieron hacia el Matademonios para lanzarle una mirada suplicante—. Por favor.

—Lo siento —musitó Durin—, pero mi deuda contigo es muy grande.

—La sangre de los Matadores es la ofrenda para Grimnir —susurró Skalf—. Malakai ya no está. Gotrek ya no está. Desde hace ya más de un año, Snorri; sin embargo, tú no puedes o no quieres recordar.

El sacerdote indicó con un gesto con la cabeza a los otros Matadores que empezaran.

—Y ahora Grimnir reclama lo que se le debe.

—Fue por tu bien —gruñó Durin por encima del murmullo de conversaciones adustas que flotaba en el humo de pipa del Khaza Drengi.

El Matademonios miró fijamente el pichel de cerveza que sujetaba con ambas manos. La tinta roja acentuaba los tendones y la negra resaltaba su sombra. Era como si un demonio de sangre y huesos intentara aplastar el pichel con las manos.

El Matademonios no bebía, y Snorri los miraba tanto a él como a su jarra con idéntica melancolía. Se pasó una mano temblorosa por la cabeza, y sus dedos acariciaron el rastrojo de pelos porcinos. Se estremeció cuando se tocó las costras de los orificios de los clavos extraídos. Le

dolía la cabeza como si hubiera saltado de un girocóptero en marcha y las palas le hubieran arrancado la cabellera.

Fijó una mirada colérica en Durin mientras mojaba el dedo meñique en la jarra de agua que tenía delante y lo sacaba para inspeccionarlo. Se le arrugó el semblante.

Snorri no se sentía especialmente comprensivo en ese momento.

Encorvados en torno a las mesas bajas que había por todo el salón, los Matadores charlaban sobre las grandes batallas que estaban librándose a lo largo y lo ancho del Viejo Mundo, mientras bebían con la determinación de aquéllos para los que el mañana era una preocupación que no les correspondía. Las mesas estaban llenas, y media docena de enanos bebían de pie en la barra, intercambiando fanfarronadas con el enano al que le tocaba ese día hacer de camarero, un viejo Matador de rostro curtido llamado Drogun, que llevaba puesto un delantal blanco que le quedaba muy mal. En el otro extremo de la barra, un huraño enano llamado Brock Baldursson comía pasta de carne con patatas de una olla humeante. Snorri no había visto el salón tan lleno en todo el año, y muchas de las caras le resultaban desconocidas.

El hecho de que Khaza Drengi fuera el último salón en Karak-Kadrin en albergar a más enanos de los que se habían previsto en el momento de su construcción era una señal de los tiempos que corrían.

Dos mesas más allá, un par de enanos recios como almenas hacían un pulso. Snorri reconoció a uno de ellos. Krakki Collera de Hierro rugía alegremente con una empanada en la mano mientras empujaba con aire despreocupado el puño de su oponente hacia la mesa. El contorno de su cintura era inabarcable, incluso para tratarse de un enano, y su pelo, de un encendido rojo natural, descollaba de su cabeza en forma de cresta. El día que el enano llegó desde Karak-Hirn de camino al norte, Snorri le había roto los nudillos en aquella misma mesa «de la suerte». Ya tenían mejor aspecto, pero Krakki no parecía haber llegado mucho más lejos de Kislev.

Snorri se volvió de nuevo hacia Durin. El enano todavía no había bebido de su jarra. Snorri se puso furioso al pensar que la cerveza se echaría a perder.

—Entenderé que te enfades conmigo, Snorri. Pero estoy intentando ayudarte.

Snorri miró su jarra con el ceño fruncido.

—Repítele a Snorri por qué él no puede beber cerveza también.

—Porque Skalf no te soltó hasta que le juraste que renunciabas a ella, ¿lo has olvidado?

Cada palabra del Matademonios sonaba hueca, vacía; apenas se atisbaba en su tono un ligerísimo pesar. Era imposible odiar a un enano que hablaba con esa voz. Sería como querer odiar la oscuridad. Snorri se frotó la cabeza con gesto apenado y luego el cuello. No recordaba la última vez que había estado completamente sobrio, pero de eso se trataba. Algunos enanos se ponían filosóficos cuando bebían; otros, agresivos. Pero Snorri no. Él se quedaba anestesiado, y ese era el estado en el que le gustaba estar. Sacudió la cabeza y se rascó el rastrojo gris que le cubría el cuero cabelludo como si así pudiera limpiar su mente de pensamientos. Entonces, desde ese vacío inducido, saltó un pensamiento inopinado. Snorri se animó inmediatamente.

—Snorri recuerda una taberna humana llamada El Grifo del Emperador. La cerveza de los humanos no vale nada, ¿verdad?

—Bueno, es cerveza.

—Eso dicen —gruñó Snorri.

La idea de que nunca volvería a probar la cerveza hizo que le doliera la garganta como el desierto de Arabia, pero en ese momento no tenía las fuerzas ni las ganas de luchar contra ello. Quería una jarra de cerveza ya. Miró con cara de pocos amigos a los Matadores que bebían a su alrededor. Si no podía beber, siempre quedaba la posibilidad de una pelea. El mundo era una dama feísima e injusta, que siempre parecía más hermosa cuando Snorri recibía unos cuantos golpes en la cabeza. Animado por esa idea, escrutó Khaza Drengi con nuevos ojos. Brock Baldursson tenía aspecto de viejo luchador, y a Krakki lo había visto pegar a un sacerdote de Grimnir con los nudillos recientemente rotos. Pero el resto era una decepcionante pandilla de flacuchos barbicortos por los que Snorri no habría apostado en un combate con un goblin. Suspiró.

—Snorri espera encontrar su fin muy pronto.

Durin se inclinó sobre la mesa hasta entrar en la trayectoria de la mirada de Snorri.

—Espero que así sea por el bien de ambos. He jurado ante el altar de Grimnir que encontrarás un final digno.

Snorri fijó una mirada mordaz en el otro Matador. No sería una tarea fácil, sobre todo porque le había arrancado los clavos de la cabeza y ni siquiera le permitía tomarse una cerveza de consuelo.

—¿Eso te convierte en el cronista de Snorri? Porque Snorri no necesita un cronista.

El Matademonios se recostó y cogió el pichel con el aire reflexivo de un tallador de gemas ante una piedra preciosa rara. Tomó un sorbo, y tragó como si fuera la última cerveza que bebería en su vida. Snorri contempló cada contracción del cuello del Matademonios mientras el líquido bajaba por su garganta.

—No soy tu cronista, Snorri, aunque es evidente que necesitas uno más que nadie. Yo sólo soy un enano con una deuda.

Intrigado de una manera como nunca lo estaría un enano tan terco como él, Snorri removió el turbio estofado de su memoria. En el pasado había viajado con muchos camaradas Matadores, pero la mayoría habían encontrado su final antes que él. Rodi Balkisson, aunque los detalles del episodio seguían envueltos en una neblina, había muerto a manos de Krell en el castillo Reikguard, mientras que su otro compañero reciente, Agrin Forjador de Coronas, había caído luchando contra toda una manada de hombres bestia. Grudi Mediamano había dado el final que merecía al orco responsable de su vergüenza en el fondo de un barril de cerveza. Los recuerdos que se remontaban a tiempos anteriores afluían de una manera más brusca y rápida. Bjorni Bjornisson, ese cabrón egoísta, había muerto descuartizado por un Señor de la Guerra del Caos durante el sitio de Praag, y les había robado a Gotrek y a Snorri su grandioso final. Ulli Ullisson había caído ese mismo día. Se remontó más atrás. Grimme había sido un enano tan avinagrado como el Matademonios, pero los tatuajes rojos y el aire de terror que transmitía éste eran completamente diferentes. En cualquier caso, Snorri recordaba nítidamente la muerte de Grimme quemado por un dragón, que inmediatamente arremetió contra otro Matador, Steg. Snorri rio entre dientes. Ése sí que sabía cómo hacer reír a Snorri.

Habían tenido una buena muerte. Todos. Suspiró.

Snorri no.

—No me extraña que no me recuerdes —dijo Durin—. Y no sólo por tu problema. —El Matademonios dejó la mirada perdida durante un

momento. Sus ojos parecieron ensancharse, hundirse en los negrísimos pozos de las cuencas. Tomó un sorbo de cerveza—. Tú y tus compañeros rescatasteis a muchos de nosotros aquel día.

Durin alzó la vista y vio que Snorri le miraba detenidamente la cara. El rostro de demonio que llevaba tatuado se torció para esbozar la primera sonrisa que Snorri le había visto, y el Matador decidió que no era algo que quisiera volver a ver estando sobrio.

—La cara del Destructor —dijo Durin—. Para mí, como para ti, es duro recordar. Como tú, yo tengo que obligarme a seguir la verdadera senda. ¿Cuánto tiempo falta para que lo que ha ocurrido en Karag-Dum se convierta en el final de todo? Los Desiertos del Caos se expanden. Los demonios ya se mueven libremente por el Territorio Troll. —Según hablaba, Durin elevaba la voz y se acaloraba. Detrás de él sonó un estruendo de huesos contra roble y estallaron risas atronadoras. Durin no les prestó atención—. Salgo para Kislev, contigo o sin ti. No estaré aquí cuando Karak-Kadrin sea engullida por los Desiertos. Y no dudes que eso ocurrirá. Ya lo viví una vez, ¡y no permitiré que los demonios vuelvan a perseguirme por mis propios salones!

Durin se había puesto de pie y jadeaba presa de la emoción. Snorri no sabía qué decir. Probablemente le apetecía estamparle un puñetazo por sugerir que Karak-Kadrin caería, pero incluso Snorri sabía que fortalezas más inexpugnables habían caído antes y volverían a hacerlo. Durin Drakkvarr venía de una de ellas. Sacudió la cabeza. Por muy tentador que fuera, primero quería recordar el motivo de su vergüenza. Lo había prometido.

Salvo por el pequeño detalle de que en realidad no era eso lo que quería. Lo que quería era...

Dejó caer la cabeza.

¡Por el dulce aliento de Valaya! Lo que quería era una cerveza.

—¡Snorri! —El grito, procedente de la mesa del pulso arrancó a Snorri de su ensimismamiento. Krakki Collera de Hierro se encaminaba con sus piernas como troncos hacia ellos—. ¡Por los pantalones de Grimnir! —exclamó riendo—. ¿Has perdido una apuesta o es que has pasado bajo la Runa Magnética de Malakai? ¡Pareces más viejo sin la cresta! Estás irreconocible. —El orondo enano le dio una fuerte palmada en la espalda. Snorri frunció la nariz. En el mejor de los casos, Krakki olía como

un cerdo sudoroso que se había dejado marinando durante una semana sumergido en cerveza—. Pero me gusta la pierna.

La pierna maza repiqueteó en las losas del suelo. Snorri se había olvidado de ella.

—Snorri todavía está acostumbrándose a ella.

La sonrisa de Krakki se borró lentamente cuando reparó en el contenido de la jarra de Snorri.

—¡Por la perdición de Gazul! ¿Qué es eso?

Snorri se encorvó sobre la mesa con aire affligido. Quienquiera que hubiera dicho aquello sobre las penas y la compañía no era un Matador.

—Snorri ha hecho un juramento.

—Si quieres te hago el favor de mear en tu jarra, Snorri Muerdenarices. —Krakki carcajeó. Su barriga llena de tatuajes coloridos se bamboleó—. Mi agua sabe mejor que cualquier cosa sacada de los pozos de Karak-Kadrin.

—Un juramento es un juramento —dijo Durin, en voz baja pero con una seriedad letal, como si estuviera discutiendo en sueños—. No es motivo de burla.

Krakki señaló con un pulgar por encima del hombro, en la dirección del Matademonios.

—¿Amigo tuyo?

Snorri torció el gesto.

—Yo no diría tanto.

Krakki se encogió de hombros de una manera que daba a entender que en el fondo le daba igual lo que el Matademonios fuera para Snorri y acercó una silla, sobre la que depositó su descomunal cuerpo. Se inclinó hacia Snorri y Durin, como si fuera a compartir un secreto con ellos.

—Estabais hablando de Kislev —dijo Krakki con voz retumbante. Snorri se sobresaltó, y se preguntó si el Matador creía que Snorri no oía bien por un oído. Y entonces se preguntó también, horrorizado, cómo sonaría la voz de Krakki si le entrara por los dos—. Y no sois los únicos. Pero vuestra primera preocupación tiene que ser cómo llegar allí. El Camino Subterráneo en el norte está infestado de hombres bestia. Incluso han echado a los goblins, benditos sean sus viles corazones verdes.

—Acabaremos con ellos —repuso Durin.

—¡Buen chico! —replicó Krakki, y se llevó un dedo a la sien y lo giró haciendo el gesto de «tú estás loco». Se volvió a Snorri—. Los humanos han permitido amablemente a las huestes del Caos que marchen hasta ellos, y ahora no tienen nada mejor que hacer que meterse en todas las entradas del Camino Subterráneo que encuentran. Un herrero rúnico encabezó una expedición de Rompehierros y Matadores bajo el fuerte humano en Rackspire para volver a sellar las puertas, pero los hombres bestia lo capturaron y se lo llevaron a Praag. O eso afirman los supervivientes de la partida. —Eché un vistazo a Drogun, que sacaba brillo arrebatadamente a los picheles detrás de la barra.

—Un momento —repuso Snorri. Lo que Krakki estaba diciendo sonaba muy parecido a lo que Durin había estado diciéndole antes. ¿Qué era? Se rascó el agujero que había en lugar de su oreja y llegó lentamente a una conclusión tan estúpida que sólo podía haber salido de la cabeza de Snorri—. Es imposible que Kislev haya caído —dijo lentamente—. Los hombres de Kislev luchan casi tan bien como beben. A Snorri le gustan.

Krakki soltó un manotazo contra la mesa y se tronchó de risa.

—¡Llevas demasiado tiempo enterrado en Khaza Drengi! Pásame esa agua de abrevadero que te están dando. —El Matador cogió la jarra de Snorri y luego también la de Durin y derramó su contenido encima de la mesa. Con el ceño fruncido, gritó hacia la barra—. ¡Drogun! Tráeme esa vieja jarra de barro, la que es fea como un demonio.

Krakki esperó, tamborileando con sus dedos como salchichas en la mesa, mientras el curtido Matador llegaba refunfuñando y plantaba la jarra solicitada en la mesa. Era realmente fea. En todos sus lados había gárgolas con expresión lasciva y el asa tenía forma de hueso. Snorri no se explicaba que alguien hubiera hecho un objeto así.

—Esto es Praag —dijo Krakki, situando la jarra de las gárgolas ante sí—. Obviamente. Hace algunos meses la saqueó un Señor de la Guerra llamado Aekold Helbrass. Pero otro Señor de la Guerra que lideraba una horda de trolls, según cuentan, lo echó de Praag, y Helbrass continuó hacia el sur. —Colocó la palma de su manaza sobre la jarra de Snorri—. Ésta, como era de agüilla, es la ciudad de Kislev. Su reina intentó destruir la horda del Caos cuando vadeó el Bajo Tobol. —Negó, ceñudo, con la cabeza y retiró la mano—. Helbrass los aplastó. La ciudad cayó poco después.

—Es terrible —repuso Snorri. Le gustaba Kislev. Había tenido unas cuantas peleas buenas allí y le gustaba su vodka. No quería pensar que podría haber sido destruida y que él ni siquiera se había enterado de que había empezado la pelea. Además, estaba casi seguro de que Gotrek se había dirigido a la ciudad de Kislev—. ¿Hay alguien luchando aún allí?

Krakki se recostó, y le señaló con los ojos al huraño enano que comía de la olla en la barra.

El enano se dio cuenta de que lo miraban, pero se limitó a proferir un gruñido y continuó removiendo el guiso.

Brock Baldursson estaba en el Vado del Tobol aquel día con una fuerza de clanes kislevitas. No es fácil sacar a un enano de su casa y Brock no habla mucho, pero parece ser que Helbrass convirtió aquel lugar en un pequeño infierno. —Krakki bajó la mirada—. Naturalmente, todavía no era un Matador.

—¿Y Helbrass? —musitó Durin—. ¿Qué fue de él?

—No tenía más remedio que seguir hacia el sur, pero no queda nadie que pueda confirmarlo. —Krakki señaló la jarra de Durin—. Erengard. Aún aguanta, pero el Imperio la ha anexionado. Y está al otro lado del Bastión Áurico.

—¿Del qué? —preguntó Snorri.

—Eso requiere una pequeña explicación —respondió riendo Krakki—. Lo importante es que mantiene a raya al enemigo. No tienen adónde ir, así que habrá muchos esperándonos cuando limpiemos el Camino Subterráneo.

—¿Qué hay... aquí? —inquirió Snorri, hincando el dedo en un nudo de la madera de la mesa. Estaba justo entre Kislev y Praag, y su sola visión incomodaba a Snorri.

—Eso no es nada —respondió suavemente Krakki—. Sólo es la mesa. Intenta no distraerte, Snorri.

Snorri lo miró fijamente de todos modos. *Tendrás la más grandiosa de las muertes*. Unas patas delgaduchas y marrones salieron de la oscura mancha en la madera de roble. *Arañas en los árboles*.

—Pero, ¿Helbrass? —insistió Durin.

—Yo tengo una pregunta mejor —dijo Krakki, apoyando la espalda contra la silla y con una sonrisa que parecía media luna en su rostro—. ¿Qué echó al conquistador de Kislev de Praag?

«Praag», pensó Snorri, dejando que la conversación de los Matadores se redujera al silbido del aire a través de su agujero sin oreja. Todo parecía conducir a Praag. Era una ciudad llena de recuerdos, y a pesar de que le aseguraba batalla y muerte, se dio cuenta de que no lo entusiasmaba la idea de volver.

—Snorri. —La voz de Krakki lo sacó de sus meditaciones por la oreja deforme que aún oía—. Si no te conociera mejor, pensaría que estás asustado.

Snorri esbozó media sonrisa y volvió a mirar el nudo de la madera de la mesa. *Una dama anciana de pie, inclinada sobre su cuerpo tendido. Está triste. Está... enfadada.* Snorri negó con la cabeza. ¿Asustado? Estaba completamente aterrado, y el hecho de ignorar el motivo no lo ayudaba en absoluto. Le asaltó la imagen de la mujer y el niño enanos. Percibía el olor a quemado, sentía la sangre en las manos. Cerró los ojos y trató de pensar en otra cosa. Había demasiados recuerdos y el sacerdote había tenido razón. Snorri quería olvidarlos todos.

El pensamiento de que esos fantasmas lo siguieran desde Khaza Drengi y lo atrapasen estando solo en las estepas de Kislev lo dejaron más paralizado que la idea de una muerte deshonrosa.

Snorri desenlazó lentamente los dedos alrededor de su jarra y los arrastró hasta el borde de la mesa. Una vez allí, hundió las uñas en la vieja madera y se impulsó hasta que se encontró frente a frente con Krakki Collera de Hierro. Su nueva pierna maza repiqueteó contra el suelo de piedra. Krakki miró a los ojos a Snorri, con las cejas pelirrojas enarcadas en un gesto interrogativo. Snorri quería una cerveza. Le dolía la cabeza porque la necesitaba. Sin despegar los ojos de Krakki, tendió una mano para coger su jarra, se la llevó a los labios y la arrojó lejos. Una masa de agua se estrelló contra la pared de su garganta. Se le pusieron los ojos como platos y su garganta se contrajo en señal de protesta, pero era demasiado tarde. Un ruido de gárgaras salió de su boca mientras el agua caía a su estómago.

Y justo en ese momento, Krakki se echó a reír.

«Se acabó —pensó Snorri—. Snorri ya está harto.»

Se le hincharon los músculos del cuello y de los hombros y salieron disparados hacia delante para estrellar su frente contra la nariz de Krakki. De la cara del orondo Matador salió sangre pulverizada en todas

direcciones, y él retrocedió tambaleándose y giró sobre las puntas de los dedos de los pies antes de desplomarse sobre el extremo de la mesa de unos Matadores que estaban dándose un festín. El otro extremo de la mesa se levantó del suelo, golpeó los cuencos que los enanos sostenían debajo de la nariz y catapultó salsa de carne y cerveza a través del salón. Snorri no prestó atención a los gritos de los enanos ni al cuerpo derribado de Krakki y se dejó caer de nuevo en su silla. Se limpió un cartílago de carne de ternera de la cabeza.

No había obtenido la satisfacción que había esperado.

Daba la impresión de que no había más remedio que ir a Praag y morir de la manera más rápida y gloriosa mientras eso aún fuera posible. Era lo que le había prometido la anciana, lo que todo el mundo parecía querer que hiciera. Todos menos Snorri, por supuesto, ¿pero cuándo había importado eso? Siempre había seguido a otros, desde aquel primer viaje a los Desiertos del Caos. Eso había sido antes de que Gotrek y él se convirtieran en Matadores, antes de que él...

Apretó los dientes.

No. Eso no iba a recordarlo.

Lo que necesitaba era una lucha de verdad. El sacerdote también tenía razón en eso. Y por lo menos, Kislev era donde debían estar Gotrek y Félix. Tenían el don de estar donde la lucha era más feroz. En eso eran muy afortunados. Se volvió hacia la mesa en la que había aterrizado Krakki, y se le cayó el alma a los pies cuando vio que Durin se abría paso hasta la barra para pedirle otra jarra de agua. Exhaló un suspiro largo y lleno de resignación.

El Fin de los Tiempos ya llegaba tarde.